

PROMESAS INSPIRADORAS ACERCA DE LA AÑORANZA DEL CIELO

¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; Mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre.

SALMO 73.25–26

En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.

JUAN 14.2–3

Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, Ni han subido en corazón de hombre, Son las que Dios ha preparado para los que le aman.

1 CORINTIOS 2.9

UNA NOTA DE MAX

Añoranza del cielo

El único desastre final que puede acontecernos, según he llegado a comprender, es sentirnos como en casa en esta tierra. En tanto que seamos extranjeros, no podemos olvidar nuestra verdadera patria.

La infelicidad en esta tierra fomenta el hambre del cielo. Al infundirnos una profunda insatisfacción, Dios nos mantiene atentos. La única tragedia, pues, es sentirnos satisfechos prematuramente. Afincarnos en la tierra. Estar contentos en tierra extraña.

No nos sentimos felices aquí porque no tenemos un hogar aquí. No nos sentimos felices aquí porque se supone que aquí no tendremos felicidad. Lo cierto es que somos «extranjeros y peregrinos en este mundo» (1 Pedro 2.11).

Y nunca seremos completamente felices en la tierra, sencillamente porque no fuimos hechos para la tierra. Claro, tendremos momentos de gozo. Y no faltarán destellos de luz. Gozaremos de momentos, y aún de días, de paz. Pero jamás podrán compararse con la felicidad que nos aguarda.

CUANDO DIOS SUSURRA TU NOMBRE